

RETIRO: “ENCUENTROS CON EL SEÑOR”

III.- NICODEMO: NACER DE NUEVO.

(Extraído de las revistas “Orar”, “Dabar”, “La Casa de la Biblia”, material de ACG, y otros)

VER – ENCUENTROS.

Los retiros de este ciclo pastoral tratan sobre diferentes encuentros con el Señor: nosotros queremos encontrarle y encontrarnos personalmente con Él, porque el Señor siempre sale al encuentro, se hace el encontradizo porque nos ama.

Los encuentros son necesarios para la vida humana. Toda persona ha llegado a ser lo que es, en buena medida, por los encuentros que se han producido en su vida. Todo encuentro termina por enriquecer a la persona, aunque sean encuentros desagradables, porque todo encuentro afecta a lo más íntimo de la persona humana. El encuentro es un proceso que cambia a los que se encuentran. Después de un encuentro, soy distinto de como era antes.

Para poder encontrarme con el Señor necesito darme cuenta de que Dios me llama por mi nombre, que ha pensado en mí desde toda la eternidad y se dirige “a mí”, personalmente. No olvidemos nunca que la fe cristiana es un encuentro vivo, personal y real con Jesucristo. Como dijo el Papa Benedicto XVI. “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (Deus caritas est, n. 1).

Y como dice el Papa Francisco en “Evangelii gaudium” 3: “Invito a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso. No hay razón para que alguien piense que esta invitación no es para él.”

A veces, el encuentro con el Señor reviste un carácter de “lucha”, como vimos en el primer retiro que le ocurrió a Jacob. Otras veces, es en ese encuentro con el Señor cuando descubrimos nuestra vocación personal, como en el caso de Gedeón, en el segundo retiro. En otras ocasiones, el Señor nos provoca para hacer salir de nosotros una respuesta de verdadera fe, como la mujer Cananea en el pasado retiro.

Y otras veces, el encuentro con el Señor se produce en el contexto de una tranquila conversación, en medio de la noche, en donde parece que estamos más inclinados a la intimidad, a hablar desde el corazón, como vamos a ver hoy que le ocurrió a Nicodemo.

Para la reflexión:

- ¿Qué encuentros he tenido que han sido significativos en mi vida?
- ¿Me siento llamado y amado personalmente por el Señor? ¿Cómo se concreta esto en mi vida?
- ¿Recuerdo haber tenido algún encuentro con el Señor en el que me haya sentido tranquilo, en intimidad con Él? ¿Cómo ha influido en mi vida?

JUZGAR – NACER DE NUEVO:

Jn 3, 1-21

Había un fariseo llamado Nicodemo, jefe judío. Éste fue a ver a Jesús de noche y le dijo:

- Rabí, sabemos que has venido de parte de Dios, como maestro; porque nadie puede hacer los signos que tú haces si Dios no está con él.

Jesús le contestó: - Te lo aseguro, el que no nazca de nuevo no puede ver el reino de Dios.

Nicodemo le pregunta: - Cómo puede nacer un hombre, siendo viejo? ¿Acaso puede por segunda vez entrar en el vientre de su madre y nacer?

Jesús le contestó: - Te lo aseguro, el que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el reino de Dios. Lo que nace de la carne es carne, lo que nace del Espíritu es espíritu. No te extrañes de que te haya dicho: "*Tenéis que nacer de nuevo*"; el viento sopla donde quiere y oyes su ruido, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así es todo el que ha nacido del Espíritu.

Nicodemo le preguntó: - ¿Cómo puede suceder eso?

Le contestó Jesús: - Y tú, el maestro de Israel, ¿no lo entiendes? Te lo aseguro, de lo que sabemos hablamos; de lo que hemos visto damos testimonio, y no aceptáis nuestro testimonio. Si no creéis cuando os hablo de la tierra, ¿cómo creeréis cuando os hable del cielo? Porque nadie ha subido al cielo, sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre.

Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre, para que todo el que cree en él tenga vida eterna.

Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna. Porque Dios no mandó su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él.

El que cree en él, no será condenado; el que no cree, ya está condenado, porque no ha creído en el nombre del Hijo único de Dios. Esta es la causa de la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres prefirieron la tiniebla a la luz, porque sus obras eran malas. Pues todo el que obra perversamente detesta la luz, y no se acerca a la luz, para no verse acusado por sus obras. En cambio, el que realiza la verdad se acerca a la luz, para que se vea que sus obras están hechas según Dios.

El mito de la eterna juventud, heredado del doctor Fausto, personaje del escritor Goethe, es muy explotado por la publicidad. El sueño de volver a ser joven y mantenerse como a los veinte años produce mucho dinero a quienes saben aprovecharlo. Sin embargo, sabemos que humanamente esto es imposible: ni podemos volver a ser jóvenes, ni podemos mantenernos "como cuando éramos jóvenes". Pero para un cristiano sí es posible nacer de nuevo a una eterna juventud, gracias a la fuerza del Espíritu, como dijo Jesús a Nicodemo.

Nicodemo representa a todo aquél que busca sinceramente encontrarse con Jesús. Por eso, en cierto momento del relato, Nicodemo desaparece de escena y Jesús prosigue su discurso para terminar con una invitación general a no vivir en tinieblas, sino a buscar la luz.

Nicodemo ha observado a Jesús y ha sacado la conclusión de que "viene de parte de Dios". Nicodemo acude a ver a Jesús "de noche"; no sólo es una noche física, sino también espiritual: Nicodemo acude a ver a Jesús en el miedo y la oscuridad de una fe incipiente. Su fe es imperfecta todavía y necesita entender muchas cosas, que Jesús le explica con calma y paciencia.

Nicodemo es viejo, lo dice él mismo; pero Jesús le advierte que todavía tiene tiempo de nacer, se le ofrece la posibilidad de comenzar de nuevo desde el principio. Jesús le habla de “nacer de nuevo”, pero por el Espíritu. Esto significa un giro completo de la existencia: por el Bautismo somos incorporados a Cristo y hechos uno con Él, lo mismo en su muerte y sepultura que en su vida nueva.

Con el Sacramento del Bautismo nos convertimos realmente en hijos de Dios. Desde ese momento el fin de nuestra existencia consiste en alcanzar de manera libre y consciente aquello que desde el inicio era y es el destino del ser humano. Engendrado por el Bautismo a una nueva vida, el cristiano comienza también su camino de crecimiento en la fe que lo llevará a invocar conscientemente a Dios como «Abbá – Padre», a dirigirse a Él con gratitud y a vivir la alegría de ser su hijo.

El Bautismo es un nacimiento, pero nosotros debemos seguir creciendo en la grande y nueva familia de Dios. Jesús subraya el carácter “misterioso” del viento, invisible y difícil de controlar: no se sabe ni de dónde viene ni adónde va. Como el viento que sopla donde quiere, así es todo el que ha nacido del Espíritu, dice Jesús a Nicodemo. Es inútil e imposible querer encadenar el Espíritu: para Él no hay obstáculos.

Por tanto, ser bautizado es renacer, es como si todo volviera a empezar. Es una resurrección. Éste es el gran secreto del cristiano, porque ilumina los mayores interrogantes de la vida humana: su origen y su destino.

Cristo Resucitado es la respuesta que nos revela la tarea de nacer siempre de nuevo a una eterna juventud en Dios mediante el agua y el Espíritu. Es una novedad radical: la del ser humano animado de una vida superior, participando de la vida divina.

Para la reflexión:

- ¿Qué me llama la atención del encuentro de Nicodemo con Jesús?
- ¿En alguna ocasión he deseado volver a nacer? ¿Por qué? ¿Qué cambiaría de mi vida?
- Cuando renuevo las promesas del Bautismo, ¿me siento “renacer” de algún modo, o lo vivo como algo ritual?
- Estar bautizado es ser conducido por ese soplo divino invisible que es el Espíritu. ¿Acepto yo que sea Dios, el Espíritu, quien me impulse y me conduzca “no sé adónde”?

TANTO AMÓ DIOS AL MUNDO...

Jesús dijo a Nicodemo una frase que condensa todo el Evangelio de San Juan: **Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna.** La propuesta universal de vida y salvación por parte de Dios tiene un motivo y una finalidad. El motivo: **Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único;** la finalidad: **para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna.**

Este versículo, para algunos, es el más importante del Evangelio de Juan, porque en él se resume el núcleo de la Buena Noticia: **Dios ama al ser humano.** Éste es el centro, el culmen de nuestra fe. Normalmente, cuando se habla de creer nos vienen a la mente una lista de verdades, mandamientos y dogmas a los que adherirse. Pero el cristiano cree ante todo en un hecho: **el amor de Dios manifestado en el don de su Hijo.**

Cristo es el gran signo o Sacramento de ese amor de Dios a la humanidad, como queda patente en la Encarnación, Vida, Mensaje, Pasión, Muerte y Resurrección de Jesús de Nazaret. Puesto que el motivo de su Encarnación y Muerte es el Amor de Dios al ser humano pecador, queda claro que Dios no mandó su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él.

Si nos alegra sentirnos mirados con amor por otra persona, ¿cómo nos sentiremos si ése es Dios mismo? Somos alguien para Él, por puro amor, porque nos ama gratuita e inmerecidamente. A pesar de nuestra indignidad, somos los destinatarios de la misericordia infinita de Dios. Dios nos ama de un modo que podríamos llamar “obstinado”, y nos envuelve con su inagotable ternura.

Como ha dicho Jesús a Nicodemo, «Dios ama el mundo». Lo ama tal como es. Incierto, lleno de conflictos y contradicciones. Capaz de lo mejor y de lo peor. Pero este mundo no recorre su camino solo, perdido y desamparado: Dios lo envuelve con su amor por los cuatro costados.

Esta certeza del Amor de Dios nos hace descubrir que Jesús es, antes que nada, el «regalo» que Dios ha hecho al mundo, no solo a los cristianos. Dios ama al mundo entero, no sólo a aquellas comunidades cristianas a las que ha llegado el mensaje de Jesús. Ama a todo el género humano, no sólo a la Iglesia. Dios no es propiedad de los cristianos. No ha de ser acaparado por ninguna religión. No cabe en ninguna catedral, mezquita o sinagoga. Por eso, quien se acerca a Jesucristo como el gran regalo de Dios, puede ir descubriendo la cercanía de Dios a todo ser humano.

De ahí que la razón de ser de la Iglesia, lo único que justifica su presencia en el mundo es recordar el amor de Dios. Lo ha subrayado el Concilio Vaticano II: La Iglesia «es enviada por Cristo a manifestar y comunicar el Amor de Dios a todos los hombres» (Ad gentes 10). Nada hay más importante. Lo primero es comunicar ese Amor de Dios a toda la humanidad, porque ¿para qué sirven los discursos de los teólogos, moralistas, predicadores y catequistas si no ayudan a descubrir que el mundo está envuelto por los cuatro costados por el Amor de Dios?

Y junto al Amor de Dios, la imagen dura de la Cruz, en la que Cristo ha manifestado su Amor al mundo. Así tiene que ser elevado el Hijo del hombre, para que todo el que cree en él tenga vida eterna. La “elevación” de Jesús en la Cruz es la expresión de un único poder: el del Amor. Por eso el creyente encuentra la Salvación mirando la Cruz de Cristo.

Acostumbrados desde niños a ver la cruz por todas partes, no hemos aprendido a mirar el rostro del Crucificado con fe y con amor. Nuestra mirada distraída no es capaz de descubrir en ese rostro la luz que podría iluminar nuestra vida en los momentos más duros y difíciles. Sin embargo, Jesús nos está mandando desde la Cruz señales de vida y de amor.

En esos brazos extendidos que ya no pueden abrazar, y en esas manos clavadas que ya no pueden bendecir, está Dios con sus brazos abiertos para acoger, abrazar y sostener nuestras pobres vidas, rotas por tantos sufrimientos. Desde ese rostro apagado por la muerte, desde esos ojos que ya no pueden mirar con ternura, Dios nos está revelando su “amor loco” a la Humanidad.

Para la reflexión:

- ¿Qué pensamientos o sentimientos se despiertan en mí al leer: Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna?

- Si nos alegra sentirnos mirados con amor por otra persona, ¿cómo nos sentiremos si ése es Dios mismo? ¿Me siento mirado con amor por Dios?
- «Dios ama el mundo». Lo ama tal como es. Incierto, lleno de conflictos y contradicciones. Capaz de lo mejor y de lo peor. Pero este mundo no recorre su camino solo, perdido y desamparado: Dios lo envuelve con su amor por los cuatro costados. ¿Amo este mundo? ¿Descubro la presencia de Dios incluso en las situaciones más dolorosas?
- La Iglesia «es enviada por Cristo a manifestar y comunicar el amor de Dios a todos los hombres» (Ad gentes 10). ¿Cómo llevo a cabo esta tarea? Individualmente, como comunidad parroquial, o asociación laical...
- Acostumbrados desde niños a ver la cruz por todas partes, no hemos aprendido a mirar el rostro del Crucificado con fe y con amor. ¿Me he acostumbrado a ver la cruz, y ya no siento nada?

UNA DECISIÓN PERSONAL Y LIBRE

San Juan ha transmitido, más que los otros evangelistas, las controversias y las preguntas que hacían a Jesús sus interlocutores. Más que grandes discursos, Jesús dialogaba, como hizo con Nicodemo.

Pero San Juan también hace notar la incredulidad ante las afirmaciones de Jesús. Y esto sigue siendo verdad hoy en día: hay que tomar partido por o en contra de Jesús. El Evangelio subraya mucho la respuesta humana mediante la fe, reconociendo a Jesús como Hijo de Dios y Salvador. Esto lo hemos dicho y oído infinidad de veces, pero quizá no hemos captado que implica un gran acto de humildad, porque nos obliga a reconocer tres cosas:

Primero, que soy pecador, algo que nunca resulta agradable;

Segundo, que no puedo salvarme a mí mismo, cosa que choca con nuestro orgullo;

Y tercero, que es otro, Jesús, quien me salva; alguien que vivió hace veinte siglos, y del que muchos piensan hoy día que sólo fue una buena persona o un gran profeta. Pero como cristianos creemos que Jesús no es “alguien del pasado”, porque tras su Resurrección vive para siempre.

La Salvación se juega en base a la aceptación o el rechazo del amor de Dios manifestado en Cristo. Dios es el “viviente” por excelencia, la “Vida”, y ha comunicado su vida por medio de su Hijo. Unirse a Dios es “vivir” y, en consecuencia, rechazarle es “morir”.

Dios mantiene su propuesta de amor, vida y salvación aun a riesgo del menosprecio del ser humano, cuya libertad Dios respeta incluso en nuestra opción por el pecado, que supone la ruptura por nuestra parte de su alianza de amor, y la elección de las tinieblas y las malas obras.

De ahí que diga Jesús: El que cree en él, no será condenado; el que no cree, ya está condenado, porque no ha creído en el nombre del Hijo único de Dios. Es nuestra libertad y responsabilidad personal la que decide la aceptación de Cristo por la fe, o su rechazo por la increencia. Esta es la causa de la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres prefirieron la tiniebla a la luz, porque sus obras eran malas. De ahí que el juicio no se produce al final de los tiempos, sino ya aquí, y somos cada uno quienes nos juzgamos a nosotros mismos, según nuestra elección ante el Amor de Dios manifestado en Cristo: nosotros nos decidimos por la luz o por las tinieblas, por el bien o por el mal.

Para la reflexión:

- Medito este párrafo: Es nuestra libertad y responsabilidad personal la que decide la aceptación de Cristo por la fe, o su rechazo por la increencia. Esta es la causa de la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres prefirieron la tiniebla a la luz, porque sus obras eran malas. De ahí que el juicio no se produce al final de los tiempos, sino ya aquí, y somos cada uno quienes nos juzgamos a nosotros mismos, según nuestra elección ante el amor de Dios manifestado en Cristo.

ACTUAR:

En el encuentro que mantuvieron Nicodemo y Jesús, éste le hace ver que incluso el más sabio de los “maestros” no puede comprender lo que revela Jesús, porque conocer el Espíritu de Dios es imposible para el ser humano, por muy inteligente que sea. Solamente Jesús tiene la experiencia inmediata de las cosas de Dios: habla de lo que conoce, de lo que ha visto. La fe es ver con los ojos de Jesús, confiar en su Palabra, dejarse conducir por Él.

Por su encuentro con Jesús, Nicodemo ha caído en la cuenta de que ya no sabe nada, y que a pesar de sus canas todavía tiene que aprender todo, como un recién nacido, como un niño en edad escolar. Nicodemo, todo un “maestro” de Israel, es invitado a hacerse pequeño y a nacer de nuevo por el agua y el Espíritu.

Nicodemo aprende del mismo Jesús que Dios es Amor y, por tanto, no puede menos que amar. Y sabemos que el amor auténtico lleva a dar, y sobre todo, a darse a sí mismo. Dios no sabe ni quiere ni puede hacer otra cosa sino amar. Y nuestro mayor error sería olvidarlo.

En el encuentro con Jesús, Nicodemo también descubre que Dios no mandó su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. En nuestros días, muchos buscan a Dios y esperan un “signo” que toque su mente y su corazón. Y nosotros sabemos que el único “signo” es Jesús elevado en la Cruz.

Jesús Muerto y Resucitado es el Signo. En Él podemos descubrir la Verdad de la Vida y obtener la Salvación. Este es el anuncio central de la Iglesia, que no cambia a lo largo de los siglos. Si las personas se sienten condenadas por Dios, no les estamos anunciando el mensaje de Jesús.

Y la entrega de su Hijo por parte de Dios, como propuesta de Salvación, es perenne, no queda en un hecho pasado. La fe cristiana no es ideología, sino encuentro personal con Cristo Crucificado y Resucitado, constantemente actualizado en el acontecer de nuestra vida, de nuestro mundo, de nuestra comunidad de fe, por medio del anuncio del Evangelio y por los Sacramentos.

De esta experiencia de encuentro con Cristo, que es individual y comunitaria, surge un nuevo modo de pensar y de actuar, nace una existencia marcada por el amor. Y sólo con el corazón lleno de amor podemos dar testimonio creíble de Cristo.

En estos momentos en que todo parece confuso, incierto y desalentador, cada uno estamos llamados a introducir un poco de amor en el mundo. Es lo que hizo Jesús. En estos tiempos son necesarios hombres y mujeres, adultos, jóvenes, niño que introduzcan entre nosotros amor, amistad, compasión, justicia, sensibilidad y ayuda a los que sufren.

Nosotros, que hemos renacido por el Bautismo, si estamos alerta a los signos de la presencia del Espíritu podremos oír su voz. Y la señal de que hemos nacido de nuevo, “de arriba”, será que vivimos y realizamos la palabra y el mensaje de Jesús. Del mismo modo que el viento, Él nos guiará donde Él quiera, no donde queramos nosotros, gracias a la nueva vida de Dios que está haciendo nacer continuamente en nosotros

Y cuando dudemos del amor de Dios, recordemos este versículo de San Juan: Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna.

Todo cristiano está llamado a comprender, vivir y testimoniar con su existencia esta verdad. La Luz, que es Jesús, ha venido al mundo y ha hecho que se manifiesten dos tipos de personas: las que hacen el mal, que viven en las tinieblas, y las que actúan conforme a la verdad, que es la voluntad de Dios y, por tanto, permanecen en la luz.

De esta manera, la fe y la vida van unidas: el que cree en Jesús actúa inspirado por Dios y vive en la luz; el que no cree, hace lo malo y vive en las tinieblas. La fe en Cristo no es una opción más entre las muchas que tenemos que tomar en nuestras vidas, ni es un regalo más de los muchos que vamos a recibir. En la fe nos jugamos la vida, y además, dar testimonio de fe ante los demás es darles vida, mostrándoles el camino para poder nacer de nuevo, como hizo Jesús con Nicodemo.

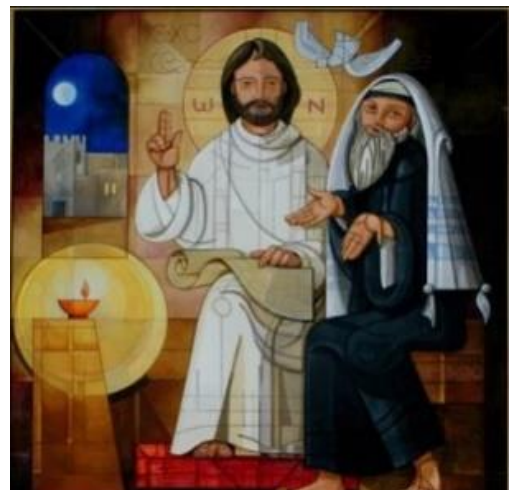
Para la reflexión:

- Nicodemo ha caído en la cuenta de que ya no sabe nada, y que a pesar de sus canas todavía tiene que aprender todo, como un recién nacido, como un niño en edad escolar. ¿Siento que todavía me quedan cosas por aprender? En un Equipo de Vida se profundiza en la fe y se aprende a descubrir lo que el Señor quiere de nosotros, ¿forma parte de uno de ellos? ¿si no es así, me lo he planteado? ¿Tengo deseo de hacerlo?
- Sólo con el corazón lleno de amor podemos dar testimonio creíble de Cristo. En estos momentos en que todo parece confuso, incierto y desalentador, cada uno estamos llamados a introducir un poco de amor en el mundo. ¿Cómo llevo esto a la práctica, habitualmente?
- Dar testimonio de fe ante los demás es darles vida, mostrándoles el camino para poder nacer de nuevo, como hizo Jesús con Nicodemo. ¿Doy un testimonio creíble de fe?
- ¿Qué voy a hacer para “renacer” de nuevo, como Nicodemo?

Oración de Nicodemo

<https://www.youtube.com/watch?v=IX0kVMpoJz4>

Yo quiero nacer del agua,
yo quiero nacer del Espíritu,
yo quiero nacer de nuevo, oh, Señor.



RETIRO: “ENCUENTROS CON EL SEÑOR”

IV.- NICODEMO: NACER DE NUEVO

(Extraído de las revistas “Orar”, “Dabar”, “La Casa de la Biblia”, material de ACG, y otros)

VER – ENCUENTROS:

- ¿Qué encuentros he tenido que han sido significativos en mi vida?
- ¿Me siento llamado y amado personalmente por el Señor? ¿Cómo se concreta esto en mi vida?
- ¿Recuerdo haber tenido algún encuentro con el Señor en el que me haya sentido tranquilo, en intimidad con Él? ¿Cómo ha influido en mi vida?

JUZGAR – Jn 3, 1-21

Había un fariseo llamado Nicodemo, jefe judío. Éste fue a ver a Jesús de noche y le dijo:

- Rabí, sabemos que has venido de parte de Dios, como maestro; porque nadie puede hacer los signos que tú haces si Dios no está con él.

Jesús le contestó: - Te lo aseguro, el que no nazca de nuevo no puede ver el reino de Dios.

Nicodemo le pregunta: - ¿Cómo puede nacer un hombre, siendo viejo? ¿Acaso puede por segunda vez entrar en el vientre de su madre y nacer?

Jesús le contestó: - Te lo aseguro, el que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el reino de Dios. Lo que nace de la carne es carne, lo que nace del Espíritu es espíritu. No te extrañes de que te haya dicho: "Tenéis que nacer de nuevo"; el viento sopla donde quiere y oyes su ruido, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así es todo el que ha nacido del Espíritu.

Nicodemo le preguntó: - ¿Cómo puede suceder eso?

Le contestó Jesús: - Y tú, el maestro de Israel, ¿no lo entiendes? Te lo aseguro, de lo que sabemos hablamos; de lo que hemos visto damos testimonio, y no aceptáis nuestro testimonio. Si no creéis cuando os hablo de la tierra, ¿cómo creeréis cuando os hable del cielo? Porque nadie ha subido al cielo, sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre.

Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre, para que todo el que cree en él tenga vida eterna.

Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna. Porque Dios no mandó su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él.

El que cree en él, no será condenado; el que no cree, ya está condenado, porque no ha creído en el nombre del Hijo único de Dios. Esta es la causa de la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres prefirieron la tiniebla a la luz, porque sus obras eran malas. Pues todo el que obra perversamente detesta la luz, y no se acerca a la luz, para no verse acusado por sus obras. En cambio, el que realiza la verdad se acerca a la luz, para que se vea que sus obras están hechas según Dios.

NACER DE NUEVO:

- ¿Qué me llama la atención del encuentro de Nicodemo con Jesús?
- ¿En alguna ocasión he deseado volver a nacer? ¿Por qué? ¿Qué cambiaría de mi vida?
- Cuando renuevo las promesas del Bautismo, ¿me siento “renacer” de algún modo, o lo vivo como algo ritual?
- Estar bautizado es ser conducido por ese soplo divino invisible que es el Espíritu. ¿Acepto yo que sea Dios, el Espíritu, quien me impulse y me conduzca “no sé adónde”?

TANTO AMÓ DIOS AL MUNDO...

- ¿Qué pensamientos o sentimientos se despiertan en mí al leer: Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna?
- Si nos alegra sentirnos mirados con amor por otra persona, ¿cómo nos sentiremos si ése es Dios mismo? ¿Me siento mirado con amor por Dios?
- «Dios ama el mundo». Lo ama tal como es. Incierto, lleno de conflictos y contradicciones. Capaz de lo mejor y de lo peor. Pero este mundo no recorre su camino solo, perdido y desamparado: Dios lo envuelve con su amor por los cuatro costados. ¿Amo este mundo? ¿Descubro la presencia de Dios incluso en las situaciones más dolorosas?
- La Iglesia «es enviada por Cristo a manifestar y comunicar el amor de Dios a todos los hombres» (Ad gentes 10). ¿Cómo llevo a cabo esta tarea? Individualmente, como comunidad parroquial, o asociación laical...
- Acostumbrados desde niños a ver la cruz por todas partes, no hemos aprendido a mirar el rostro del Crucificado con fe y con amor. ¿Me he acostumbrado a ver la cruz, y ya no siento nada?

UNA DECISIÓN PERSONAL Y LIBRE:

- Medito este párrafo: Es nuestra libertad y responsabilidad personal la que decide la aceptación de Cristo por la fe, o su rechazo por la increencia. Esta es la causa de la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres prefirieron la tiniebla a la luz, porque sus obras eran malas. De ahí que el juicio no se produce al final de los tiempos, sino ya aquí, y somos cada uno quienes nos juzgamos a nosotros mismos, según nuestra elección ante el amor de Dios manifestado en Cristo.

ACTUAR:

- Nicodemo ha caído en la cuenta de que ya no sabe nada, y que a pesar de sus canas todavía tiene que aprender todo, como un recién nacido, como un niño en edad escolar. ¿Siento que todavía me quedan cosas por aprender? En un Equipo de Vida se profundiza en la fe y se aprende a descubrir lo que el Señor quiere de nosotros, ¿forma parte de uno de ellos? ¿si no es así, me lo he planteado? ¿Tengo deseo de hacerlo?
- Sólo con el corazón lleno de amor podemos dar testimonio creíble de Cristo. En estos momentos en que todo parece confuso, incierto y desalentador, cada uno estamos llamados a introducir un poco de amor en el mundo. ¿Cómo llevo esto a la práctica, habitualmente?
- Dar testimonio de fe ante los demás es darles vida, mostrándoles el camino para poder nacer de nuevo, como hizo Jesús con Nicodemo. ¿Doy un testimonio creíble de fe?
- ¿Qué voy a hacer para “renacer” de nuevo, como Nicodemo?

Oración de Nicodemo

<https://www.youtube.com/watch?v=IX0kVMpojz4>

Yo quiero nacer del agua,
yo quiero nacer del Espíritu,
yo quiero nacer de nuevo, oh, Señor.

